Me llevó en seguida á la cantina, y pidió dos copas de vino de *júbilo*, que nos sirvió una diablesa muy linda, vestida con una especie de bata carmesí, ceñida con un cinturón de charol negro, y que apenas bajaba de las rodillas, dejando ver unas piernas admirables, cubiertas de medias negras, y un lindísimo pié, calzado con un botín de raso, también carmesí.

El peinado que tenía la diablesa, era muy sencillo, sujeto con tridentes de oro y adornado con estrellas del mismo metal, que formaban como una de diadema.

Con una gracia encantadora llenó las copas, y fijando en mí una mirada que no pude sostener, dijo riendo, mostrando una rica dentadura: este caballerito bien merece que se le sirva de este vino, porque según yo creo, aún no deja los recuerdos de su planeta.

Es cierto, contestó mi conductor, parece que por allá tuvo unos amores un poco estrafalarios, y como se encontró su historia en el libro de las aventuras de Yoya, se le han avivado los recuerdos.

¡Cómo! le dije sorprendido, ¿has leido tú ese libro?

Toma, si lo sé de memoria, me contestó riendo.

Entonces me contarás el fin de mi aventura.

Ya veremos si hay una oportunidad; por ahora, bebamos.

A la salud de mi amigo Pintó Pasos, me dijo en voz baja, tocando mi copa.

A la tuya, diablo, pues no sé otro modo de nombrarte.

Yo me llamo Rufiano, para servirte.

Mucho gusto tengo de saber tu nombre, porque ya no te llamaré simplemente diablo, cosa que te confunde con los demás.

Apenas vaciamos nuestras copas, cuando se oyó el pito de un tren que llegaba.

Vámonos, dijo Rufiano.

¿No toman antes otra copita? preguntó con cariño la diablesa.

Vamos, sírvela pronto, y la tomaremos á tu salud.

La diablesa sirvió las copas, nosotros las apuramos, y nos despedimos cortesmente de la linda cantinera.

El tren llamaba á los viajeros.

En los wagones se leía: "Segunda linea de Duenditania."

VII.

Subí á un wagón y tomé asiento junto á un espíritu. Busqué á Rufiano para que me contase el desenlace de mi aventura, pero el bribón no estaba allí.

Entonces pedí al servicial el libro de Yoya, y me contestó que no constaba en su catálogo.

Esta contrariedad hubiera producido en mí un humor horrible, pero el vino iba haciendo un efecto admirable. Yo reía, cantaba, me agitaba en el asiento y sentía unas espansiones de felicidad, como un muchacho de escuela á quien le dan suelta en una tarde de verano. Multitud de pensamientos, á cual más risueños, se extendían en mi cerebro, como un ejército que invade una llanura.

Lo que más halagaba mi corazón, era que sólo venían á mi mente los recuerdos de los sucesos felices de mi existencia terrenal.

Largo rato permanecí absorto en mis ideas, sin apercibirme de la marcha del tren, ni hacer caso del espíritu que caminaba á mi lado.

Este, al fin, cansado de mi indiferencia, me sacó de mi enagenación dándome una palmadita en el hombro: compañero, me dijo, ¿qué cosas buenas se ha encontrado en el Infierno que tan contento le traen?

Nada, le contesté, sino cierto vinillo que me hizo tomar mi conductor; y quedéme admirado contemplando á mi vecino que tenía la facha más rara del mundo.

Su cara era sumamente pequeña y las facciones finas, pero la frente y toda la masa cerebral en extremo desarrolladas, de suerte, que el rostro vendría á ocupar la cuarta parte de la superficie de la cabeza. Los ojos rasgados, aunque muy poco abiertos, dejaban ver dos pupilas color de esmeralda, tan vivas y claras, que denotaban una grande inteligencia; las cejas delgadas, tendidas y prolongadas, eran de un rubio bastante subido; el pelo lo tenía corto y crespo, pocas pestañas, narices pequeñas y boludas en su extremidad, boca grande y labios delgados, la barba aguzada y saliente, sin bello ninguno, y la piel rubicunda por igual en todo el rostro.

El traje que vestía no era menos raro que el individuo. En

la cabeza llevaba un aro que la ceñía, y por medio de cuatro listones verticales adheridos á él, se sostenía una especie de casquete esférico, bordado de seda de brillantes colores y raros dibujos, sirviéndole de sombrero.

Su cuerpo lo cubría una dalmática de terciopelo azul, compuesta de dos piezas separadas, una destinada para el pecho y otra para la espalda, adhiriéndose por medio de botones desde el cuello hasta el hombro y desde debajo del brazo hasta la cintura. Las mangas se ponían por separado, asegurándose sobre el hombro por medio de un broche. En la parte delantera, y sobre el pecho, había una gran bolsa con cartera para guardar papeles, que también se cerraba con un broche. Aquella dalmática no bajaba más de una cuarta de la cintura, en cuyo lugar se ceñía con una faja de goma. Por abajo asomaba una enagüilla de mucho vuelo y bien plegada, que descendía hasta media pierna, terminando en picos y dejando ver unas botas de alto cañón charolado.

Después de un examen minucioso é impertinente, no pude menos de preguntar á aquel ente singular, que de qué país de la Tierra procedía, porque yo no recordaba haber visto nunca descrito, ni dibujado, un tipo como el que tenía delante de mi vista.

Yo no soy de la Tierra de usted, me contestó sonriendo.

¡Ah! ¡es usted acaso diablo también!

No, señor, me dijo, soy del planeta Marte.

¿De Marte? Exclamé lleno de admiración.

Sí, señor, del mismo Marte.

Cuánto me place, añadí, encontrar un espíritu que haya habitado otro planeta que el mío, porque de él podré saber otras cosas de las que conozco y menos malas sin duda. Esto se supone, contando con la amabilidad de usted, señor espíritu.

Tendré mucho placer en satisfacer á usted, contestó mi vecino cortesmente, tanto más, cuanto que espero de usted igual condescendencia.

Estoy conforme en contestarle á todas las preguntas que tenga á bien hacerme, le respondí con afabilidad.

En ese caso, voy á comenzar á contar á usted todo lo que pueda interesarle acerca del planeta de donde procedo.

Ya escucho con la mayor atención.

"Existen en el planeta Marte, dijo el espíritu, dos grandes continentes, separados por inmensos mares y colocados de tal manera, que son antípodas el uno del otro. Se extienden de

Norte á Sur en su mayor longitud, el uno se llama Hemisferio Oriental y el otro Occidental.

"Mientras hablaba el espíritu, había sacado de la bolsa del pecho un lápiz, y con la misma rapidez que describía, dibujó sobre la mesa una esfera con sus meridianos y paralelos, y luego la forma de los continentes. Yo lo contemplaba lleno de curiosidad.

"Aunque ambos se hallaban bastante poblados, prosiguió, por muchos siglos ignoraron los habitantes de cada uno, la existencia del otro, porque la navegación, muy imperfecta entonces, impedía á los marineros lanzarse á la alta mar, que ellos creían sin límites.

"Pero lo que los hombres no hicieron, lo vino á hacer la casualidad, ó mejor dicho, la Providencia. Un bajel cargado de víveres salido de un puerto del continente Occidental, para proveer á los habitantes de una isla inmediata, fué arrebatado por una ráfaga de viento llevándolo á la alta mar; después, arrastrado por corrientes impetuosas, siguió sin cesar caminando hasta descubrir tierra por el Oriente.

"Cuando llegó á la costa, atracó á ella y desembarcó la mayor parte de la tripulación que creyó que estaba en una isla desierta. Pero bien pronto descubrieron una aldea, cuyos vecinos, que trabajaban en el campo, atraídos por la novedad, fueron llegando y rodeándolos poco á poco, ofreciéndoles por señas la hospitalidad que los recién venidos aceptaron gozosos, aunque no menos sorprendidos de ver á aquellas gentes que se diferenciaban tanto de ellos.

"Los indígenas occidentales son blancos, de poca estatura, de miembros delgados aunque fuertes, de ojos azules y pelo castaño.

"Y los que encontraron en aquella tierra, en extremo musculosos, altos, de color rubicundo, ojos negros y pelo rojo, con un gesto de fiereza que nunca dejan.

"Ya se puede juzgar si con razón se admirarían unos y otros, de encontrarse con gentes de que no tenían noticia alguna.

"Alojados los huéspedes, se esparció por toda la comarca la noticia de la llegada de aquellos hombres singulares. El jefe de la demarcación dispuso que se custodiara el barco en que llegaron y que á ellos se los remitiesen para mandarlos al rey. En efecto, pocos días después los occidentales fueron conducidos á la corte donde llamaron mucho la atención.

"A lo que ellos pudieron entender, aquel era un pueblo beli-

coso, pues por todas partes encontraban hombres armados y de mala catadura.

"Pasados algunos días, comenzaron á aprender el idioma, y fueron importunados con multitud de preguntas sobre los países occidentales, su riqueza, población, clima, carácter de los habitantes, etc.

"Como las respuestas de los recien llegados daban una alta idea de las remotas regiones de donde procedían, enardecieron la curiosidad y la ambición del rey y de la corte, pasiones ambas, por desgracia, muy generalizadas entre los mortales. Esto dió lugar á que el rey mandara alistar una expedición para la conquista de aquella tierra, que á su imaginación se presentaba como un paraíso. Los marinos, temerosos de lanzarse á la inmensidad de las aguas, opusieron grandes dificultades, pero, como para el despotismo no hay obstáculos, la expedición se hizo á la vela á pesar del gran temor de los que la componían, y con ella embarcaron también á los occidentales.

"La única dirección que por entonces pudo dársele á la escuadra, fué la del rumbo por donde el Sol desaparecía. Así caminaba de día mientras el viento era favorable, pero en caso contrario, y por las noches, aferraban las velas y se mantenían sobre los remos. De aquí provino que el viaje se hiciera tan largo, que todos creyeron aquel mar sin límites y la gente, consternada y aflijida cayó en tal desconsuelo que no hacía otra cosa que gemir.

"Sin embargo, el día menos pensado, la Tierra apareció por la proa con todos sus encantos, arrastrando la brisa matinal los suaves aromas de las flores, que volvieron á aquellos desventurados la confianza y la dicha.

"Anclaron los bajeles cerca de una playa tan fértil como pintoresca, y comenzó la gente á efectuar su desembarco. Al momento se vieron rodeados de una multitud de campesinos que corrían en tropel hacia la orilla, atraidos por la novedad de aquellos buques, que tanto se diferenciaban de los que ellos conocían.

"Pero mayor era su admiración al encontrar hombres, que en su color como en su porte, aparecían tan extraños. A pesar de ésto, les ofrecieron frutas y viandas frescas, con la mejor voluntad.

"Barbarác, jefe de los Rudosianos, que así se llamaban los aventureros, hizo venir á los occidentales que traía consigo, para que sirvieran de intérpretes, con el objeto de tomar lengua sobre el estado del país; mas esto no fué posible por lo pronto, porque su idioma no era entendido por aquel pueblo.

"Entonces supo Barbarác que se hallaban en una nación limítrofe á la que buscaban. No fué por lo tanto difícil hallar un hombre que entendiese el idioma de los occidentales que venían en la expedición, y supieron que se hallaban en la República de Amoría, cuyo pueblo dócil y laborioso, vivía tan feliz como pueden los hombres vivir en los planetas.

"Barbarác pidió entonces que lo guiaran á una población inmediata, y que le indicaran un lugar seguro de la costa, donde fondear su escuadra, al abrigo de los vientos. Inmediatamente le facilitaron un guía para el ejército y un piloto para la escuadra; ambos se pusieron en marcha para la Ciudad de Candora que estaba situada á corta distancia.

"Aquella misma noche, los Rudosianos ocuparon la ciudad donde fueron recibidos fraternalmente, dando fondo la escuadra en una bahía amplia y segura.

"El gobernador de Candora puso en conocimiento del Padre del Pueblo, que así llamaban en Amoría al primer magistrado, la llegada de los extranjeros, y pidió instrucciones.

"Algunos días después, recibió la contestación del gobierno, concebida en estos términos:

"1°. Que los extranjeros debían ser recibidos como hermanos, por el Pueblo Amoricano, dándoles la bienvenida.

"2°. Que de los terrenos públicos se les dieran los necesarios para sus trabajos.

"3°. Que desde luego quedaban reconocidos como ciudadanos de la República y bajo su protección.

"Los Rudosianos recibieron al parecer con muestras de gratitud las resoluciones del gobierno, y desde luego tomaron posesión del terreno que les destinaban, pero, en vez de casas de campo y de cortijos, levantaron en pocos días, con admiración de los Amoricanos, una ciudad rodeada de murallas y de torres, que armaron con máquinas de guerra.

"Desde entonces los habitantes de Candora no tuvieron sosiego ni seguridad.

"Los Rudosianos, hacían frecuentes incursiones á la ciudad, donde cometían mil excesos.

"Un día, á consecuencia de un grave ultraje hecho á una ciudadana, el pueblo corrió á las armas. Vencidos por los Rudosianos, los Amoricanos tuvieron que retirarse al interior del país, abandonando la ciudad, que ocuparon los invasores fortificándose en ella.

"Entre tanto, varios bajeles habían sido despachados para

Rudosía con noticias del país, y no tardaron en llegar abundantes resfuerzos.

"La República, por su parte, llamó á sus hijos á las armas, y un ejército numeroso marchó á reconquistar la plaza perdida.

"Los Rudosianos no esperaron dentro de sus murallas, antes salieron á dar batalla campal.

"Aunque los Amoricanos eran valientes, una larga paz los había hecho olvidar el arte de la guerra, y por lo mismo, no podían competir con sus adversarios, hombres belicosos, que casi no tenían otra ocupación.

"Además de la ventaja de sus armas y de su táctica, llevaban unos magníficos perros, que armados de un par de chuzos, sujetos á sus flancos, hacian destrozos en las filas enemigas.

"Cada hombre manejaba fácilmente dos de estos animales, que entendian por sus nombres, y obedecian la voz de sus jefes. Para preservarlos de las armas de los adversarios, llevaban al cuello un corbatín de hierro guarnecido de puas y una especie de caparazón que les cubría el lomo, del cual pendian los chuzos.

"Con semejantes elementos, los Rudosianos ganaron la mayor parte de las batallas, á pesar del heroismo de los Amoricanos, á quienes acabaron por conquistar y someter á la esclavitud.

"Desde entonces los Amoricanos y sus vecinos, á quienes también dominaron los Rudosianos, fueron muy infelices.

"Durante mil doscientos años, sufrieron aquellos pueblos el yugo de fierro que les impusieron sus conquistadores, teniendo que abandonar su religión, su idioma y sus costumbres, para adoptar las de los vencedores. Estos no tuvieron escrúpulo de enlazarse con las bellas Amoricanas, y de esta unión resultó una raza mixta, á la que yo pertenezco.

"Hace unos ciento cincuenta años que no pudiendo los hijos de Amoría sufrir más el yugo de los dominadores, y habiendo aprendido á manejar las armas, sobre todo, los grandes perros de los Rudosianos, se insurreccionaron, y después de una lucha sangrienta que duró más de veinticinco años, en la que los rasgos heróicos abundaban por ambas partes, consiguieron al fin su independencia.

Muchos años pasaron sin que Rudosía reconociera á Amoría como pueblo independiente, pero después de varias tentativas desgraciadas de reconquista, mirando que sus intereses se perjudicaban, Rudosía aceptó la paz y Amoría entró en la categoría de los pueblos libres.

"Los Amoricanos se constituyeron en república, como habian

estado sus antepasados, mas una época tan larga de servidumbre había envilecido al pueblo, y los intereses creados por la monarquía se oponian al desarrollo de las prácticas republicanas.

"Otro elemento nocivo había en la república.

"Los aristócratas habian odiado á los dominadores por celos del poder que ejercian. Así fué, que al hacerse la independencia, les pareció que debian ser los sucesores de los conquistadores, de manera, que el pueblo no hubiese hecho otra cosa que variar de amo.

"Todo su conato era copiar las añejas formas del tiempo colonial é impedir con todas sus fuerzas el desarrollo físico y moral de la nación, aún cuando á consecuencia de este error el país fuese el juguete de todo el mundo, á causa de su debilidad.

"Los verdaderos patriotas, al contrario, querian ilustrar y educar al pueblo, y hacer fuerte al país, para que quedara asegurada la independencia para siempre.

"Tan contrarios principios dieron origen á una serie de guerras interiores que desmoralizaron la sociedad y debilitaron á la nación, en términos, que las otras potencias ultrajaban impunemente las fronteras y las costas de la patria.

"Cuando los partidos estuvieron equilibrados, las conjuraciones y los motines se hicieron mas frecuentes; ningún gobierno podía permanecer en el poder.

"En vista de semejante inestabilidad, un filósofo propuso que puesto que periódicamente se suplantaban los gobiernos á fuerza de sangre y de exterminio, sería más prudente, que un año gobernare cada partido.

Esta ingeniosa proposición fué admitida, y desde luego se puso en planta. Empero, sucedió que los resultados no correspondieron á las esperanzas de la teoría.

"Cada gobierno que se instalaba no se ocupaba en otra cosa que en destruir lo que había edificado su antecesor, y de este desorden resultaron tales disgustos que la guerra volvió á asomar su cabeza amenazadora.

"Los hombres pensadores creyeron que se hacía indispensable que uno de los partidos se hiciera de la situación y gobernase el país conforme sus doctrinas.

"Los republicanos que conocían bien esta necesidad, no se atrevieron á violar el pacto solemne que existía. Los absolutistas, menos escrupulosos, pusieron en práctica esta idea y cuando les tocaba entregar el poder se negaron, declarando que sólo ellos po-

dían salvar á la nación que se hallaba en peligro, y que para lograr sus fines harían uso de la fuerza.

"Los republicanos, que en obsequio de la paz habían consentido en tolerar ciertas costumbres y preeminencias que desde el tiempo de la conquista se habían establecido, favoreciendo á determinadas clases de la sociedad, se indignaron con la villanía de los aristócratas, y resolvieron en una asamblea reunida en el campo, que en lo sucesivo no reconocería la república preeminencias de ninguna clase en ninguno de sus hijos, y que todos serían iguales ante la ley.

"Esto dió lugar á una guerra más terrible y sangrienta que las anteriores, pero la ilustración que crecía de día en día, por una parte, y la severidad que desplegaron los republicanos, por otra, debilitaron de tal modo al partido del retroceso, que vencido entonces no volvió á levantarse jamás.

"La República de Amoría se consolidó desde aquella época; hoy su pueblo es ilustrado, virtuoso y feliz, y la nación es respetada en toda la redondez del Planeta Marte."

VIII.

¡Válgame Dios! exclamé, y cuantas semejanzas encuentro entre las cosas de Marte y las de la Tierra. No parece sino que la naturaleza y los acontecimientos humanos están sujetos en todo el universo á unas mismas leyes.

Así será seguramente, me contestó el espíritu. ¿Pero usted fué habitante de la Tierra?

Sí, señor, y de un pueblo que ha sido víctima de acontecimientos fatales, muy semejantes á los de Amoría, con la diferencia que allí se está aún muy lejos de llegar á un resultado satisfactorio.

Yo nací en una época en que el hombre era un verdadero esclavo. Mil tiranías pesaban sobre él, las cuales parecían conspirar á destruir su energía y los más generosos instintos.

Aunque después las cosas han cambiado mucho, todavía las leyes, los usos, las costumbres, las modas, las preocupaciones, la fuerza, la riqueza, y la arbitrariedad de los gobernantes, pe-

san de tal manera sobre la criatura, desde el momento en que vé la luz, y la acompañan con tal tenacidad en toda su carrera, que no la abandonan sino bajo la tierra de la tumba.

Esfuerzos poderosos hacen los pueblos del Globo Terráqueo especialmente el de mi país, para arrojar de sí tan pesado yugo; mas á pesar de los mil sacrificios impendidos, y de rios de sangre derramada, dista mucho el hombre de la Tierra para llegar á la perfección social que tanto anhela.

Hombres de privilegiado talento han insistido mucho sobre los derechos y las esperanzas de la humanidad, iluminando las oscuras sendas, que ésta sigue, como fanales colocados por la mano de Dios en el camino incierto del porvenir. Empero, el interés y los abusos, más fuertes que estos hombres, les han obstruido muchas veces su camino, aunque sin poder extinguir la luz brillante que de sus cerebros irradiaba.

Pero me he dejado llevar de mi entusiasmo, dije interrumpiéndome, sin haber dicho á usted aún nada de lo que ha acontecido en mi planeta.

Procederé, pues, con método, como lo hizo usted, para imponerlo lo mejor que pueda, de algunos de los principales acontecimientos de la Tierra.

Ya no te queda tiempo para eso, dijo una voz detrás de mí, prorumpiendo su dueño en una festiva carcajada.

Volví la cabeza, y me encontré á mi amigo Rufiano que señalaba con su descarnado dedo un aparato colocado en el centro del pequeño librero del wagón.

Y, bien, le dije; ¿qué quiere decir eso?

Quiere decir, que solamente nos faltan cinco minutos para llegar al parador, donde se cambian trenes, y es probable que en tan corto tiempo no tendrás lugar para contar, ni á zancadas, la embrollada historia del más insoportable de los mundos.

¿Y, qué tiene que ver en todo esto, el extraño aparato que me señalas?

Porque ese, ahí donde tú lo ves, es la inteligencia que marca las millas que recorremos, y según indica, solamente faltan cuatro.

Eso no es un inconveniente, porque en el resto del viaje tendré tiempo para relatar cuanto se me venga á las mientes.

Vuelves á equivocarte lastimosamente, dijo Rufiano, porque este caballero no va á Duenditania, sino á Furias, cuyo camino se separa en la próxima estación.

¿Es cierto lo que dice este diablo? le pregunté á mi compañero.